

PRESENCIA DE RAFAEL DURANCAMPS



QUE terrible el dramatismo de esa capea en el pueblo aragonés de Maluenda! Bajo un cielo tormentoso que amedrenta el paisaje, el torero anónimo lucha en el suelo por librarse de la feroz embestida del toro. La gente del pueblo lo presencia con una expresión goyesca en el semblante y crispados los brazos.

Este es, en síntesis, el tema de uno de los lienzos que Durancamps presenta en el Salón Cano, puntual a la cita con el otoño madrileño.

El que un catalán que respira el ambiente mediterráneo, deslumbrante de blancos y azules, pinte Castilla en el momento tético del atardecer se comprende muy bien. El artista reacciona por contraste y a su paso por la meseta el lirismo marinero y bucólico de su pincel se entenebrece. Ante el drama de Castilla, Durancamps rinde culto a la muerte, a la España Negra, a los álamos cantados por Antonio Machado.

—España es admirable en su diversidad. Cada región nos depara sorpresas imposibles de imaginar. Una tormenta en Almansa, con relámpagos que iluminan las piedras doradas de su castillo, es un espectáculo de una gran fuerza dramática. Los festejos taurinos de otoño en la plaza de Chinchón, sobre la cual asoman los cerros y la arquitectura de sus iglesias, explica la fuerza de nuestra literatura del Siglo de Oro. Me emociona esa contraposición de ambientes y el haber nacido sensible y con facultades plásticas para poder expresar estos acontecimientos del vivir cotidiano. Por el contrario, me entristece ver a una gran parte de la juventud actual insistir infructuosamente en ese empeño del arte abstracto, que en tan poco tiempo ya se ha quedado viejo. Aunque mucho han avanzado las técnicas y ha evolucionado el concepto del arte, todavía el pintar un amanecer o un cielo de tormenta sigue siendo una facultad sublime que está sólo al alcance de muy pocos pintores.

Durancamps incluye en esta Exposición varios lienzos de temática novísima en su repertorio tradicional. En cartones de pequeño formato, con primor de trazo, presenta un ambiente deportivo en dos modalidades: golf y polo. El impresionismo de que hace gala Durancamps en este tipo de obra tiene sutileza de color y, no obstante, los antecedentes, el tema está tratado con auténtica personalidad.

La época en que Durancamps residió en París ha dejado profunda huella en su concepto artístico, aunque su actitud diste mucho de ser reverente ante ciertos representantes del fauvismo.

—Conocí en París a Raoul Dufy, personaje que se creía que estaba sentado en el Parnaso dirigiendo la circulación. No obstante sus muchas pretensiones, sus «gouaches» frívolos y ligeros eran lo mejor de su obra, aunque siempre llevan el sello del decorador de graciosas telas de mujer, influencia que jamás supo separar y que es, aparte de Manet, Cézanne y Derain, de lo que adolece una gran parte de la pintura francesa de los cien años últimos. Más claramente diré que carece de recia dicción que siempre han tenido los pintores españoles.

Cree Durancamps, al igual que Pío Ba-

roja, que el artista plástico o el escritor han de trabajar sobre temas que hayan vivido profundamente, porque sólo así podrán interpretarlos con personalidad.

—¡Qué peligroso resulta ese frecuente sistema de estar al tanto de todo lo que se hace «por ahí fuera»! Un pintor no debe tener nunca mentalidad de modisto que ha de trabajar con arreglo a la moda de cada temporada. El pintor ha de contemplar la vida con sus propios ojos e interpretarla con su temperamento. La crítica ha dicho que la personalidad es la base del verdadero artista. Yo recojo el fruto de mi sinceridad, sin haber intentado jamás ser personal. La originalidad conseguida a base de combinaciones cerebrales es un espejismo. De ahí la falsedad del cubismo, del surrealismo y del arte abstracto.

En esta muestra que Durancamps expone en Madrid hay, por lo menos, tres bodegones característicos de su modo de hacer. El titulado «Mis libros»—uno abierto, otros cerrados, un tintero y un vaso—está pintado con pulcritud ejemplar.

—Creo que fue Ortega quien dijo al referirse a Regoyos que su misticismo era tal que daba la sensación de que se arrodillaba para pintar una col. Me emocionó este pensamiento del gran filósofo. Y no puedo evitar el emocionarme al contemplar en el Museo del Prado esos bodegones de autores poco conocidos—no hablemos de los pintados por Velázquez, Zurbarán, Sánchez Cotán, Luis Eugenio Meléndez—, ante los cuales el artista sincero tiene que reconocer que aquellos pintores habían alcanzado en su tiempo una perfección que nosotros estamos muy lejos aún de poder conseguir.

Pinta Durancamps continuas réplicas de su estudio, de la terraza de su casa de Cadaqués, de las playas catalanas más recoletas, de los espárragos o de las cebollas que sorprende sobre la mesa de cocina de su estudio.

—Seamos fieles a lo cotidiano, a lo entrañable. Si yo tengo una vocación verda-

dera y al cabo de los años he conseguido un cuarto de trabajo confortable, donde pinto a gusto, al igual que he formado una familia, ¿por qué no pintar a mi mujer, a mi hija, mi caballete y mis cacharros llenos de pinceles? Aunque pinte una y otra vez el mismo tema, nunca podrá decirse que uno se repite. Más exactamente, lo que pretendo es realizar variaciones, réplicas, renovar la emoción que nos produce el contemplar a esos seres u objetos que forman parte de nuestra propia vida.

A sus ochenta años, Durancamps mantiene el espíritu joven y el pulso firme. No es un conformista, ni consiente dejarse arrastrar por aquello que le puede resultar fácil. Esta rebeldía le mantiene en forma para ser consecuente con sus principios.

—Mi amigo don Eugenio d'Ors dijo lo de «la obra bien hecha». Nada más idóneo. Porque las modas pasan y son insinceras; pero la obra bien hecha será siempre testimonio de nuestra sensibilidad y de nuestra conciencia.

Durancamps, un año más, hace acto de presencia en Madrid con su última obra. Firme y tenaz es como un caballero que mantiene la espada en alto, como en sus mejores tiempos.

Marino GOMEZ-SANTOS

